
LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

- I. Relación que tienen con la historia de los florentinos los negocios de los demás príncipes de Italia. Discordias que dañan á la República. Carácter de estas discordias.—II. Cosme de Médicis y Neri Capponi llegan por diverso camino á ser poderosos. Reforma en la elección de los magistrados favorable á Cosme. Descontenta á los poderosos esta reforma.—III. (1458) Acuden éstos á Cosme que les niega su apoyo, con el intento de hacerse más necesario.—IV. Tiranía y soberbia de Lucas Pitti y de su partido.—V. Muerte de Cosme de Médicis (1464). Su magnificencia. Su política.—VI. Su elogio.—VII. El duque de Milán toma á Génova. Fernando de Aragón se apodera por traición de los barones que le eran enemigos.—VIII. Jacobo Piccinino es preso y muerto.—IX. Esfuerzos infructuosos del papa Pío II para excitar á los cristianos contra los turcos (1465). Muerte del duque Francisco Sforza (1466).—X. Conjuración de Diotisalvi Neroni contra Pedro de Médicis.—XI. Prosigue el mismo asunto.—XII. Fiesta en Florencia.—XIII. Inconstancia de los florentinos con Pedro de Médicis.—XIV. Nicolás Soderini elegido confaloniero. Grandes esperanzas que en él se tienen para el restablecimiento de la tranquilidad.—XV. Los dos partidos toman las armas.—XVI. La mayoría de los ciudadanos se pone del lado de Médicis.—XVII. Reforma del gobierno á favor de Pedro de Médicis. Dispersión de sus enemigos. Decadencia de Lucas Pitti.—XVIII. Carta de Agnolo Ac-

ciaiuoli á Pedro de Médicis.—XIX. Los desterrados florentinos excitan á los venecianos á declarar la guerra á Florencia.—XX. Guerra entre venecianos y florentinos (1467), terminada con la paz (1468). Muerte de Nicolas Soderini.—XXI. Casamiento de Lorenzo de Médicis con Clarice Orsini.—XXII. Sixto IV elegido papa. Su carácter.—XXIII. Intenta Pedro de Médicis refrenar las violencias que se cometían en Florencia, pero sus esfuerzos los interrumpe la muerte (1469).—XXIV. Maese Tomás Soderini, ciudadano de gran reputación, se declara partidario de los Médicis.—XXV. Tumulto que en Prato mueve Bernardo Nardi.—XXVI. Bernardo hace prender al podestá de Prato, Petrucci, pero deja á medio ejecutar su empresa.—XXVII. Es preso y se restablece la tranquilidad (1470).—XXVIII. Relajación de las costumbres en Florencia. Incendio de la iglesia del Espíritu Santo (1471).—XXIX. Rebelión de Volterra.—XXX. Es tomada Volterra por fuerza y saqueada (1472).—XXXI. Origen de la enemistad entre Sixto IV y Lorenzo de Médicis (1473).—XXXII. Carlos de Braccio, de Perusa, ataca á los sieneses, y después, por consejo de los florentinos, se retira (1476).—XXXIII. Conjuración contra Galeazzo, duque de Milán.—XXXIV. Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato matan al duque en San Esteban, y ellos son muertos, los dos primeros por los soldados del Duque y el último decapitado por el verdugo.

I. Parecerá á los lectores del libro anterior que un escritor de la historia de Florencia se detiene demasiado en narrar sucesos ocurridos en Lombardia y en el reino de Nápoles; pero no he prescindido ni prescindiré en adelante de estas narraciones, porque, sin propósito de historiar los sucesos de Italia, debo, sin embargo, referir los más notables, sin lo cual nuestra historia sería menos inteligible y menos grata; y, además, porque los hechos de otros pueblos y otros príncipes italianos promueven muchas veces las guerras en que, por necesidad, intervienen los florentinos.

Así, por ejemplo, de la guerra de Juan de Anjou con el rey Fernando de Nápoles nacieron los odios y graves enemistades que hubo después entre Fernando y los florentinos; particularmente con la familia Médicis, porque el rey Fernando se quejaba de que, en dicha guerra, no sólo no le ayudaron, sino favorecieron á su enemigo; enemistad que causó grandísimos males, como en esta narración demostraremos.

Escribiendo los asuntos exteriores á Florencia, he llegado á 1463; pero al referir los interiores en esta época, necesito retroceder muchos años.

Ante todo, y siguiendo mi costumbre, quiero demostrar cuánto se engañan los que esperan que una república pueda mantenerse unida. En verdad, hay divisiones que perjudican á las repúblicas y otras que les son útiles: son aquéllas las que van acompañadas de sectas ó partidos; éstas las que sin sectas ni bandos se mantienen.

El fundador de una república no puede impedir las enemistades en ella; pero debe procurar que no se formen bandos, para lo cual conviene saber que los ciudadanos pueden lograr fama y autoridad por dos caminos: uno público, y otro privado. Públicamente se consigue venciendo en una batalla, conquistando una plaza, realizando con prudencia una negociación diplomática, aconsejando á la república con sabiduría y buen éxito; privadamente se conquista beneficiando á unos ú otros ciudadanos, defendiéndoles de la arbitrariedad de los magistrados, socorriéndoles con dinero, concediéndoles inmerecidos honores y gratificando á la plebe con fiestas y donativos.

De este modo de proceder nacen las sectas y los partidos, y cuanto más dañosa es la fama así adquirida,

tanto más favorece la que se funda en el bien público y no en los bandos y en los intereses privados. Los que la gozan no pueden evitar que nazcan contra ellos grandes odios; pero, no habiendo partidarios que por utilidad propia les sigan, tampoco pueden perjudicar á la república, conviniéndoles, para triunfar de sus enemigos, trabajar por el engrandecimiento de su patria y vigilarse particularmente unos á otros, para que ninguno adquiera más poder del que las leyes permiten.

Las discordias en Florencia fueron siempre acompañadas de facciones y bandos y, por tanto, siempre dañosas. Jamás un partido vencedor permaneció unido, sino mientras lo combatía el partido opuesto; pero cuando éste era aniquilado, no teniendo el vencedor miedo que lo detuviese, ni autoridad dentro de sí que lo refrenase, se fraccionaba.

El partido de Cosme de Médicis triunfó en 1434; pero como el vencido era numeroso y contaba con muchos hombres poderosísimos, estuvo durante algún tiempo unido, por temor, y fué condescendiente, no cometiendo ninguna falta perjudicial á sus intereses, ni haciéndose odiar del pueblo por acto alguno que le ofendiera, tanto, que, cuantas veces tuvo el gobierno necesidad del pueblo para recobrar la autoridad, siempre le encontró dispuesto á conceder á los jefes toda la Balía y poder que deseaban. Por ello, en los veintiún años que median desde 1434 al 55 seis veces, y ordinariamente por los Consejos, asumió la autoridad de la Balía.

II. Vivían en Florencia, como hemos dicho muchas veces, dos ciudadanos potentísimos, Cosme de Médicis y Neri Capponi. Neri era uno de los que habían conquistado su fama con públicos servicios, de suerte que tenía

bastantes amigos y pocos partidarios. Cosme la debía á servicios públicos y privados, y sus amigos y partidarios eran numerosos.

Mientras ambos vivieron unidos, siempre obtuvieron del pueblo lo que querían sin ninguna dificultad, porque reunían el poder y la benevolencia. Pero al llegar el año 1455, muerto Neri y destruído el partido opuesto, encontró dificultades el gobierno para mantener su autoridad. Los mismos amigos de Cosme, que eran poderosísimos, contribuyeron á ello, porque, no temiendo á la facción enemiga, que habían aniquilado, deseaban disminuir el poder de Cosme de Médicis.

Esta disposición de los ánimos originó las discordias que ocurrieron en 1464, de suerte que á los que desempeñaban el gobierno aconsejaban en las asambleas, donde se discutía públicamente la administración del Estado, que era conveniente no resumir la potestad de la Balía, ó Consejo extraordinario, sino cerrar las bolsas de las elecciones, y que, como en los pasados escrutinios, se eligieran por suerte los magistrados.

Para refrenar estos deseos tenía Cosme dos medios: ó apoderarse por fuerza del gobierno con los partidarios que le quedaban y derribar á sus adversarios, ó dejar que las cosas siguieran así y hacer comprender oportunamente á sus amigos que no era á él, sino á ellos á quienes privaban de la autoridad y del poder.

De estos dos medios eligió el último, porque sabía bien que en esta forma de elección, por estar las bolsas llenas de nombres de amigos suyos, no corría ningún peligro, y podría recobrar el poder cuando quisiera.

Restablecida la organización de elegir por suerte los magistrados, parecía á la generalidad de los ciudadanos

haber recobrado su libertad. Los magistrados juzgaban con arreglo á su propio criterio y no según los deseos de los poderosos, de modo que á veces resultaba el juicio en contra del amigo de cualquier personaje, por lo cual los que estaban acostumbrados á ver sus casas llenas de visitas y de pretendientes, veíanlas vacías de gente y de pretensiones. Advertían muchos que llegaban á ser sus iguales los que, desde hacía largo tiempo, consideraban inferiores, y que sus iguales ascendían á superiores. Lejos de ser respetados y honrados, eran objeto de burla y befa, hablándose de ellos sin consideración alguna en calles y plazas, de suerte que conocieron pronto no ser Cosme, sino ellos los que habían perdido la influencia.

Cosme de Médicis aparentaba no saber lo que ocurría, y siempre que se proponía un proyecto favorable al pueblo él era el primero en apoyarlo.

Pero lo que más asustó á los poderosos y dió mejor ocasión á Cosme para hacerles comprender su error, fué que se restableció la forma de catastro de 1427, según la cual era la ley la que fijaba los impuestos y no la voluntad de los hombres.

III (1458). Aprobada esta ley, á pesar de los magnates y nombrado el magistrado que la ejecutara, obligóles á unirse más estrechamente y á rogar á Cosme que les sacara y saliese él de las manos de la plebe, reorganizando el gobierno de modo que él recobrara su poder y ellos su consideración. Respondióles Cosme que consentía en ello, con tal que la reforma se hiciera ordenadamente y con la voluntad del pueblo, no por la fuerza, de la cual en manera alguna le hablaran.

Se propuso en los Consejos la ley para nueva Balía, ó Consejo extraordinario, y no se aprobó, por lo cual los

grandes acudieron de nuevo á Cosme y le rogaron en humildes términos consintiera en una asamblea general, á lo cual se negaba Médicis, para reducirles á extremo tal que conocieran plenamente su error; y porque Donato Cocchi, que era Confaloniero de justicia, quiso reunir dicha asamblea sin su consentimiento, hizo Cosme que sus colegas en la Señoría se burlaran de él de tal modo, que perdió el juicio y, en estado de idiotismo, le llevaron á su casa.

Sin embargo, no siendo conveniente dejar correr los asuntos de modo que fuera difícil recobrar su dirección, y habiendo sido elegido Confaloniero de justicia Lucas Pitti, hombre audaz y animoso, pareció á Médicis que era ocasión de que éste dirigiera la empresa, para que, si se incurria en censuras, fuera de él la responsabilidad.

Al empezar á ejercer su cargo, propuso Lucas muchas veces al pueblo restablecer la Balía y, por no conseguirlo, amenazó á los que tenían asiento en los Consejos con frases injuriosas y soberbias, á las que poco después unió los hechos; porque en Agosto de 1458, la vispera de San Lorenzo, estando el Palacio lleno de hombres armados, llamó al pueblo á la plaza, y por fuerza, con las armas en la mano, le hizo consentir en lo que antes voluntariamente no había aceptado.

Apoderados del gobierno, creada la Balía, y nombrados después los principales magistrados á gusto de unos cuantos ciudadanos, para que empezara con el terror la autoridad que por la fuerza tenían, confinaron á maese Jerónimo Machiavelli y á otros, y privaron á muchos más de sus honores. Machiavelli, por no permanecer en el punto donde había sido confinado, fué declarado rebelde, y recorría Italia excitando á los príncipes á la guerra

contra su patria, pero en la Lunigiana, por traición de uno de aquellos Señores, fué preso, y conducido á Florencia, donde murió en la cárcel.

IV. La condición de este gobierno, en los ocho años que duró, fué violenta é insoportable; porque Cosme de Médicis, viejo y achacoso, no podía atender como antes á los asuntos públicos, y la ciudad era presa de la codicia de unos cuantos ciudadanos.

Lucas Pitti fué hecho caballero en recompensa del servicio que había prestado á la República, y por no mostrarse á ésta menos agradecido que la República lo había sido con él, determinó que los Piores de las artes se llamaran en adelante Piores de la libertad, para que conservaran al menos el título de lo que habían perdido. También estableció que el Confaloniero, que se sentaba á la derecha de los Rectores, se sentase en adelante en medio de ellos y, á fin de que pareciese que Dios era partícipe en aquella empresa, hizo procesiones públicas y oficios solemnes para darle gracias por los honores recobrados.

La Señoría y Cosme de Médicis hicieron á Lucas Pitti ricos regalos, y toda la ciudad imitó este ejemplo, siendo creencia general que tales obsequios llegaban á la suma de veinte mil ducados. Su autoridad creció hasta el punto de que no era Médicis, sino Pitti, quien gobernaba la República.

Tanto confiaba en ejercer el poder, que comenzó dos edificios, uno en Florencia y otro en Ruciano, lugar que dista una milla de la ciudad, ambos de una magnificencia verdaderamente regia. El de la ciudad era mayor que cuantos, hasta entonces, habían construído para sí los ciudadanos y, á fin de terminar pronto la construcción,

no perdonaba ningún medio extraordinario, porque, no sólo los ciudadanos y los particulares le hacían regalos de cuanto podía ser útil para la edificación, sino hasta las municipalidades vecinas y pueblos enteros le auxiliaban. Además, todos los desterrados, y los que hubieran cometido homicidio ó robo, ó cosa alguna por la cual temieran condena, con tal de que supieran trabajar, encontraban asilo seguro dentro de aquel palacio.

Los demás compañeros de Pitti, si no edificaban palacios, eran tan violentos y rapaces como él; de suerte que, si Florencia no tenía ninguna guerra exterior que agotara sus recursos, acababan con ellos los mismos florentinos.

Por entonces hubo las guerras en el reino de Nápoles, de que antes hemos hablado, y alguna que hizo el Pontífice en la Romaña contra los Malatesti, porque deseaba quitarles Rimini y Cesena, que poseían.

Durante estas empresas y, proyectando siempre la cruzada contra el turco, murió Pío II.

V. Continuaban las discordias en Florencia. Empezaron en el partido de Cosme de Médicis, en 1455, por los motivos ya dichos, y por su prudencia, según hemos manifestado, se aquietaron entonces. Pero al llegar el año 1464, agravóse de tal modo la enfermedad de Cosme, que pasó á mejor vida.

Sintieron su muerte amigos y enemigos, porque los que, á causa de ser adversarios del gobierno, no le amaban, viendo la rapacidad de los gobernantes en vida suya, á pesar de contenerles en parte el respeto que le debían, sospechaban que, por su muerte, serían arruinados y destruidos.

No confiaban gran cosa en su hijo Pedro de Médicis,

porque, aun cuando era hombre bueno, por estar enfermo y ser nuevo en el gobierno, le creían obligado á contemporar con los que, sin freno, se entregaban á la rapiña. Todos, pues, sintieron grandemente la falta de Cosme.

De todos los hombres célebres que no han ejercido la profesión militar, fué el más ilustre y famoso, no sólo en Florencia, sino en cualquier otra ciudad de que haya memoria; porque, no sólo superó en autoridad y riquezas á cualquier otro de su tiempo, sino en prudencia y liberalidad; y de todas las cualidades que le hicieron el primero en su patria, la mejor fué el ser superior á todos en liberalidad y magnificencia. Su generosidad se supo mejor después de su muerte, cuando su hijo Pedro se hizo cargo de los bienes, porque no había ciudadano alguno de importancia á quien no hubiera prestado Cosme cantidad crecida de dinero, siendo muchas las veces que, sin que le pidieran, al saber los apuros de un noble, le auxiliaba. Su magnificencia aparece en la cantidad de edificios que mandó construir, porque restauró ó construyó de cimientos en Florencia los conventos y los templos de San Marcos y San Lorenzo, y el monasterio de Santa Verdiana; en el monte de Fiesole San Jerónimo y la Abadía, y en el Mugello un convento de frailes menores. En las iglesias de Santa Cruz de los Servitas, de los Angeles y de San Miniato, hizo altares y capillas espléndidas; y además de edificar templos y capillas, los llenó de ornamentos y de todo lo necesario para el culto divino.

A estos edificios sagrados hay que añadir sus casas, las cuales son: en Florencia, una tan suntuosa como merecía el personaje; cuatro fuera de la ciudad, en Careggi,

en Fiesole, en Cafaggiuolo y en Trebbio. Todas ellas, más que casas de ciudadanos, eran palacios regios.

Y como si no le bastase ser conocido en Italia por la magnificencia de sus edificios, construyó también en Jerusalén un asilo para los peregrinos pobres y enfermos. En todas estas edificaciones gastó un caudal considerable.

Aunque sus palacios, sus gastos y sus acciones fuesen regios, y en Florencia estuviera como príncipe, sin embargo, fué tan prudente, que jamás traspasó los límites modestos del ciudadano y hombre civil; porque en las conversaciones, en la servidumbre, en los trenes, en toda su manera de vivir, en sus alianzas de parentesco, fué siempre igual á cualquier modesto ciudadano. Sabía que el extraordinario esplendor que á todas horas se presenta al público, vale menos que las envidias que excita, y que conviene cubrirlo con sabia moderación.

Cuando tuvo que dar esposas á sus hijos, no trató de emparentar con príncipes, sino casó á Juan con Cornelia Alexandri, y á Pedro con Lucrecia Tornabuoni. De los nietos que tuvo de su hijo Pedro, casó á Blanca con Guillermo Pazzi, y á Nannina con Bernardo Rucellai.

En su tiempo no hubo príncipe ni república que mostrara más inteligencia que él; de aquí que, á pesar de la variedad de la fortuna y de la versatilidad de los ciudadanos, gobernó la República durante treinta y un años, porque siendo prudentísimo, preveía los males y acudía á tiempo para no dejarlos crecer, ó se preparaba de suerte que, si crecían, no le ofendieran. De aquí que, no sólo venciera la ambición de sus rivales en Florencia, sino que en el exterior triunfara de muchos príncipes con tanta felicidad y prudencia, que los que se coligaban

con Florencia, llegaban á ser iguales ó superiores al enemigo, y los que se ponían enfrente de la República florentina, ó perdían el tiempo y el dinero, ó sus Estados.

Buen testimonio pueden dar de ello los venecianos, que, unidos á los florentinos contra el duque de Milán, Felipe Visconti, siempre fueron superiores al enemigo, y, separados de Florencia, fueron vencidos y derrotados, primero por Visconti y después por el conde Sforza. Y cuando se aliaron con el rey Alfonso de Nápoles contra Florencia, Cosme de Médicis, con su crédito, dejó tan exhaustos de dinero á Venecia y á Nápoles, que los aliados se vieron precisados á aceptar las condiciones de paz impuestas por él.

Cuantas dificultades se le presentaron á Cosme de Médicis dentro y fuera de Florencia, tuvieron término glorioso para él y perjudicial para sus enemigos; por lo cual las discordias civiles aumentaron su poder y las guerras exteriores su reputación y fama, engrandeciendo el territorio de la República florentina con el Borgo de San Sepolcro, Montedoglio, el Casentino y Val de Bagno. Su mérito y fortuna anonadaron á todos sus enemigos y exaltaron á sus amigos.

VI. Nació en 1389, el día de San Cosme y San Damián. En su juventud sufrió grandes trabajos, como lo demuestran su destierro, su prisión y el peligro de muerte á que estuvo expuesto cuando acompañó á Juan XXIII al Concilio de Constanza, de donde, cuando fué depuesto este Papa por el Concilio, tuvo que huir disfrazado. Pero desde que cumplió los cuarenta años, vivió felicísimo, tanto que, no sólo los que se unieron á él para los negocios públicos, sino los que administraban sus tesoros, participaron de su buena suerte.

Esto produjo la riqueza de muchas familias de Florencia, como las de los Tornabuoni, los Benci, los Portinari y los Sasseti; y además, los que de su consejo ó fortuna dependían se enriquecieron también considerablemente.

Aunque en la construcción de templos y en las limosnas gastaba de continuo, se quejaba algunas veces con sus amigos de no haber podido gastar en honor de Dios tanto que dejara de aparecer como deudor á la divinidad en sus libros de comercio.

Fué Cosme de Médicis de talla ordinaria, de color verdoso, y de venerable presencia. No era sabio, pero sí elocuentísimo y de sano juicio y natural prudencia. Por esto fué obsequioso con los amigos, misericordioso con los pobres, interesante en la conversación, cauto en aconsejar, pronto en la ejecución, y agudo y digno en sus dichos y respuestas.

Mandó á decirle Rinaldo de Albizzi al principio de su destierro *«que la gallina empollaba»*, y le respondió Cosme *«que mal podía empollar estando fuera del nido»*. Dándole á entender otros rebeldes que no dormían, dijo *«que lo creía, puesto que él les había quitado el sueño»*. Dijo del papa Pío II, cuando excitaba á los príncipes cristianos á la cruzada contra el Turco: *«Es un viejo que se mete en empresas de joven.»* A los embajadores venecianos que, con los del rey Alfonso, vinieron á Florencia á quejarse de la República, mostró la cabeza descubierta, y les preguntó de qué color tenía los cabellos. Respondieron: «Blancos», y él añadió: *«Dentro de poco tiempo vuestros Senadores los tendrán tan blancos como yo.»* Preguntándole su esposa, pocas horas antes de morir, por qué tenía los ojos cerrados, respondió: *«Para que se*

habitúen.» Dijéronle algunos ciudadanos, cuando volvió del destierro, que arruinaba la ciudad y ofendía á Dios expulsando de Florencia tantos hombres honrados; y él contestó *«que era mejor una ciudad arruinada que perdida; que dos canas de paño rojo hacían un hombre de bien, pero los Estados no se gobernaban con el rosario en la mano».*

Estas frases dieron materia á sus enemigos para calumniarle, suponiéndole hombre que se amaba más á sí mismo que á su patria, y más este mundo que el otro.

Pudieran citarse otras muchas frases suyas que, por no ser necesarias, omitimos.

También fué Cosme amante y protector de los literatos, y por ello llamó á Florencia al griego Argyropolo, literato famoso en aquel tiempo, para que enseñara á la juventud veneciana la lengua griega y sus demás conocimientos.

Mantenia en su casa y profesaba íntima amistad á Marsilio Ficino, segundo padre de la filosofía platónica (1); y para que pudiera con más comodidad proseguir sus estudios literarios y disfrutar más holgadamente de su amistad, le regaló una finca inmediata á la suya de Careggi.

Su prudencia, sus riquezas, su modo de vivir y su fortuna, hacían que los florentinos le temieran y amaran, y que le estimaran extraordinariamente los príncipes, no sólo de Italia, sino de toda Europa, dejando á sus descendientes tan sólidos fundamentos de la fortuna de su

(1) Marsilio Ficino era un canónigo de Florencia que hizo una traducción de Platón y de los defensores de su filosofía, como Plotino, Jamblico, etc.

casa que, igualándole en mérito, tuvieron mayor poder (1). La autoridad que Cosme de Médicis tuvo en Florencia, mereció tenerla en toda la cristiandad.

En los últimos años de su vida sufrió grandes penas, porque de sus dos hijos, Pedro y Juan, éste, que era en quien más confiaba, murió. Pedro era enfermizo y, por la debilidad de su cuerpo, poco apto para los negocios públicos y privados. Así, pues, al hacerse llevar por las habitaciones de su casa, después de la muerte de su hijo, exclamó suspirando: «*Esta casa es demasiado grande para tan poca familia.*»

Angustiaba, además, su espíritu la idea de que no había aumentado los dominios de Florencia con alguna conquista importante, y se dolía mucho más por parecerle que Francisco Sforza le había engañado; porque cuando era conde le prometió que, al llegar á ser duque de Milán, haría la empresa de Luca para los florentinos; lo cual no realizó, porque, al mudar de fortuna, mudó también de opinión, y al ser Duque, quiso gozar

(1) La Casa de Médicis dió tres pontífices á la Iglesia, León X, Clemente VII y León XI, y muchos cardenales. Á Francia dos reinas, Catalina de Médicis, casada con Enrique II, y María de Médicis, esposa de Enrique IV. También contrajo parentesco con otras familias reinantes en Europa. Después de gobernar durante más de un siglo la República florentina por la influencia que sus riquezas, su crédito y sus talentos le daban, obtuvo la soberanía hereditaria. En 1531 el emperador Carlos V dió el título de Duque de Florencia á Alejandro de Médicis, y el mismo título le dió el papa Clemente VII en 1552. Su sucesor, Cosme el Grande, recibió en 1569 el de Gran Duque de Toscana, y tuvo siete sucesores. De Juan Gastón de Médicis, muerto sin sucesión en 1737, pasó este ducado á Francisco, duque de Lorena por el tratado de 1735 entre el emperador Carlos VI, Francia y España.

en paz los Estados que por la guerra había adquirido. Negóse, pues, á toda empresa en favor de Cosme de Médicis ó de otro alguno, y no hizo después de ser duque de Milán más guerras que las necesarias para defenderse. Esta conducta causó gran disgusto á Cosme de Médicis, pareciéndole que había empleado esfuerzos y hecho gastos para engrandecer á un hombre ingrato é infiel.

Sentía, además, que sus dolencias le impidieran atender con la misma actividad que anteriormente á los asuntos públicos y privados, marchando unos y otros en decadencia, porque los ciudadanos arruinaban la República, y sus hijos y administradores consumían su fortuna. Todas estas cosas inquietaron su espíritu en los últimos años de su vida; pero murió lleno de gloria y con grandísima fama, y en Florencia y fuera de ella, ciudadanos y príncipes cristianos mostraron el sentimiento por su muerte á su hijo Pedro, siendo acompañado su entierro con grandísima pompa por todos los ciudadanos, y sepultado en la iglesia de San Lorenzo, poniendo por decreto público en su sepulcro: *Padre de la patria*.

Nadie se admire de que, al narrar yo los hechos de Cosme de Médicis, haya imitado á los que escriben la vida de los príncipes y no la historia general; porque, siendo hombre de raro mérito en nuestra ciudad, he necesitado elogiarle por modo extraordinario.

VII. Cuando Florencia é Italia se encontraban en estas condiciones, Luis XI, rey de Francia, estaba empeñado en gravísima guerra que le habían suscitado la nobleza apoyada por Francisco, duque de Bretaña, y por Carlos, duque de Borgoña. De tal modo le preocupaba esta guerra, que no pudo pensar en favorecer al

duque Juan de Anjou en la empresa de Génova y del reino de Nápoles. Pensando, al contrario, necesitar auxilio ajeno, y teniendo los franceses en su poder la ciudad de Savona, la dió á Francisco, duque de Milán, y le hizo entender que no se opondría á que se apoderara de Génova.

Todo ello lo aceptó el Duque, y, con la reputación que le daba su amistad con el Rey y el apoyo de los Adorno, tomó á Génova.

Para no mostrarse ingrato con Luis XI por los favores recibidos, envió á Francia en su socorro mil quinientos caballos, capitaneados por su primogénito Galeazzo.

Siendo, pues, Fernando de Aragón y Francisco Sforza, éste, duque de Lombardía y príncipe de Génova, y aquél, rey de todo el reino de Nápoles, y habiendo contraído parentesco por enlaces matrimoniales, meditaban la manera de asegurar sus Estados para gozar de ellos tranquilamente en vida, y, al morir, dejarlos á sus herederos.

Para ello creyeron necesario que el Rey se apoderase de los barones que le fueron contrarios en la guerra con Juan de Anjou; y el Duque procurase destruir el ejército que organizó Braccio, que era el natural enemigo de su familia y que, á las órdenes de Jacobo Piccinino, había llegado á su mayor reputación; porque á este Piccinino, siendo entonces el primer capitán de Italia, y careciendo de Estados, debían temerle todos los que los tenían, principalmente el duque de Milán, á quien su propio ejemplo persuadía de que ni tendría seguro el Ducado, ni seguridad para dejarlo á sus hijos, mientras viviera Jacobo.

El rey de Nápoles procuró astutamente un acuerdo con los barones, y empleó todo su ingenio en inspirarles confianza; lo que consiguió fácilmente, porque estos Señores veían su pérdida segura si continuaban la guerra contra el Rey, y la consideraban dudosa si, aceptando sus promesas, trataban con él. Como los hombres procuran huir del mal seguro, los príncipes pueden engañar fácilmente á quienes son menos poderosos que ellos.

Creyeron los barones en la paz que el Rey les ofrecía, al ver el peligro manifiesto si continuaban la guerra, y se pusieron en sus manos, siendo después, de varios modos y con diferentes pretextos, muertos.

Asustó este suceso á Jacobo Piccinino que, con sus tropas, se encontraba en Sulmona, y para quitar al Rey ocasión de oprimirle, gestionó, por medio de sus amigos, con el duque de Milán á fin de reconciliarse con él. Hízole el Duque las mayores ofertas que pudo y determinó Jacobo ponerse en sus manos, yendo con cien caballos á verle en Milán.

VIII (1465). Había Jacobo militado largo tiempo á las órdenes de su padre y con su hermano, primero por el duque Felipe Visconti y después por el pueblo milanés. Esta circunstancia le obligó á estar frecuentemente en Milán, donde tenía muchos amigos y la general benevolencia que, en el estado actual de las cosas, había aumentado, porque la próspera fortuna y el poder que tenían los Sforza engendraban envidia contra ellos, y en cambio las adversidades y la larga ausencia inspiraban á aquel pueblo misericordia por Jacobo y grandísimo deseo de verle.

Todo esto se advirtió á su llegada, porque muy pocos nobles dejaron de salir á recibirle, y las calles por donde

pasó estaban llenas de gente que deseaba verle, gritando en su favor y deseando su prosperidad y la de los suyos. Tales honores apresuraron su pérdida, porque aumentaron los temores del Duque y el deseo de matarle. Para realizar este propósito con mayor disimulo quiso que se celebrara la boda de Drusiana, su hija natural, con Jacobo, á quien hacía tiempo la había prometido por esposa.

Convino después con el rey Fernando que le tomara á su servicio, con título de general de su ejército y cien mil florines de sueldo; hecho lo cual, fué á Nápoles Jacobo con su esposa Drusiana y un embajador del Duque, donde le recibieron honrosa y satisfactoriamente, festejándole durante muchos días; pero habiendo pedido licencia para ir á Sulmona, donde tenía sus tropas, le convidó el Rey á un festín en el castillo, y terminado el convite, fué preso con su hijo Francisco y, al poco tiempo, muerto.

De esta suerte, nuestros príncipes italianos acababan con el mérito que ellos no tenían y temían en otros, hasta el punto de que, no quedando ya ninguno, expusieron aquel reino á los desastres que poco tiempo después lo afligieron y desolaron.

IX. Entretanto, el papa Pío había arreglado los asuntos de la Romaña, y creyó que era tiempo oportuno, en vista de la paz general, de mover á los cristianos contra los turcos. Para lograrlo siguió la misma vía que sus antecesores, y todos los monarcas ofrecieron dinero ó gente. Matías, rey de Hungría, y Carlos, duque de Borgoña, prometieron ir personalmente, y el Papa les nombró jefes de la empresa.

Tan confiado estaba el Pontífice en la realización de

esta cruzada, que de Roma fué á Ancona, donde debía concentrarse el ejército, habiendo prometido barcos los venecianos para trasladarlo á Esclavonia. Reunióse, pues, en aquella ciudad, después de la llegada del Pontífice, tanta gente que, á los pocos días, acabó con todos los víveres de la población y con los que podían ser conducidos de las inmediaciones, haciéndose general el hambre. Además, no había dinero para los que lo necesitaban, ni armas para los que carecían de ellas.

No fueron á Ancona ni el rey Matías ni el duque de Borgoña, y los venecianos enviaron un general con algunas galeras, más para hacer alarde de pompa y demostrar que cumplían su promesa que para trasportar aquel ejército.

Siendo el Papa viejo y estando enfermo, en medio de estos apuros y desórdenes, murió, y después de su muerte cada cual volvió á su casa.

Al morir el Papa en 1465, fué elegido pontífice Paulo II, de origen veneciano y, para que casi todos los Estados de Italia cambiaran de gobierno, al año siguiente murió Francisco Sforza, duque de Milán, después de estar al frente de aquel Ducado diez y seis años, siendo proclamado Duque su hijo Galeazzo.

X. La muerte del duque de Milán aumentó las divisiones entre los florentinos, y éstas produjeran más pronto su natural efecto. Porque muerto Cosme de Médicis, su hijo Pedro heredó los bienes y la influencia del padre en la República, y llamó junto á sí á maese Diotalvi Neroni, hombre de gran autoridad y, en concepto de los demás ciudadanos, reputadísimo, en quien confiaba tanto Cosme de Médicis, que, al morir, encargó á su hijo Pedro que, en lo relativo á su hacienda y en

lo concerniente al gobierno, se guiara siempre por sus consejos.

Tuvo, pues, Pedro de Médicis, en Diotisalvi la misma confianza que le había demostrado Cosme, y porque quería obedecer á su padre, después de muerto, como le había obedecido en vida, deseaba aconsejarse de él en cuanto se refería á sus bienes y al gobierno de la ciudad. Comenzando por lo primero, hizo entregarle todos los libros de cuentas de su casa para que se enterase del buen ó mal estado de sus negocios, y, enterado, le aconsejara conforme á su prudencia.

Prometióle Diotisalvi emplear actividad y buena fe en todas las cosas y, examinados los libros, reconoció que en muchos asuntos había bastante desorden; pero arrastrado más por propia ambición que por amor á Pedro y agradecimiento á los antiguos beneficios de Cosme, juzgó fácil quitarle la reputación y privarle de la autoridad que, como herencia del padre, le había quedado. Dió, pues, maese Diotisalvi á Pedro un consejo que, pareciendo razonable y honrado, ocultaba su pérdida. Demostróle el desorden de su hacienda y el dinero que necesitaba, si no quería perder, con su crédito, la opinión de su riqueza y de su poder. Añadió después que no veía más honrado remedio á estos desarreglos que pedir la restitución del dinero dado por su padre á muchos ciudadanos y forasteros, porque Cosme, para conquistarse partidarios en Florencia y amigos fuera, fué liberalísimo en prestarles parte de su fortuna, de modo que sus créditos, por este concepto, ascendían á considerable suma.

Pareció á Pedro el consejo bueno y honrado, puesto que remediaba, con lo que era suyo, el desorden de su

fortuna; pero tan pronto como pidió la devolución de los préstamos, los deudores, como si les quisieran quitar lo que era suyo, se enfadaron y, sin consideración alguna, hablaban mal de él, tachándole de ingrato y avaro.

XI. Al ver Diotisalvi Neroni la común y popular desgracia en que, por su consejo, había caído Pedro de Médicis, se reunió con Lucas Pitti, Agnolo Acciajuoli y Nicolás Soderini, determinando privar á Médicis de la autoridad que tenía en la República. Moviéronles á esto diversas aspiraciones. Lucas Pitti ambicionaba la posición que tuvo Cosme de Médicis, pues había llegado á tanto poder que menospreciaba ser deferente con Pedro. Diotisalvi, que conocía la incapacidad de Pitti para jefe del gobierno, creía que necesariamente, suplantado Pedro de Médicis, la autoridad caería pronto en sus manos. Nicolás Soderini deseaba que la ciudad viviera más libremente y que los magistrados la gobernarán según su voluntad. Maese Agnolo quería mal á los Médicis por motivos particulares; hacía algún tiempo que su hijo Rafael se había casado con Alejandra de Bardi, con grandísima dote; á ésta, ó por faltas suyas, ó por culpas de otros, la maltrataban el suegro y el marido, por lo cual su pariente Lorenzo de Harione, compadecido de la joven, fué con gente armada y la sacó de casa de Agnolo. Quejáronse los Acciajuoli de esta injuria de los Bardi y, llevado el pleito á decisión de Cosme de Médicis, falló éste que los Acciajuoli debían restituir su dote á Alejandra, y que quedara al arbitrio de ella volver ó no al lado de su marido.

Pareció á Agnolo que Cosme no le había tratado como amigo en este juicio y, no pudiendo tomar venganza de

él porque había muerto, determinó tomarla de su hijo.

Estos conjurados por tan diversos motivos, publicaban una sola aspiración: la de que la ciudad fuera gobernada por los magistrados y no por el consejo de unos cuantos poderosos.

Aumentó la aversión á Pedro de Médicis y los motivos de murmurar de él, el hecho de quebrar entonces muchos comerciantes; pues se le acusaba públicamente de que, por recobrar su dinero sin dar plazos, había ocasionado las quiebras, con deshonor y daño de la ciudad.

Añadiase á esto que estaba en negociaciones para que su primogénito Lorenzo se casara con Clarice Orsini; lo que dió amplio motivo á todos para calumniarle, diciendo que se veía claramente, no queriendo casar á su hijo con una florentina, tener á menos ser ciudadano de Florencia, y que se preparaba á ser príncipe; porque quien no quiere á sus conciudadanos por parientes, los quiere por siervos, siendo por tanto justo que no tenga amigos.

Creían los jefes de la conjuración tener la victoria en la mano, porque la mayoría de los ciudadanos, engañados con el nombre de libertad que aquéllos, para excusar su empresa, habían tomado por bandera, les seguían.

XII. Fermentando estos disgustos en la ciudad, algunos, que eran enemigos de discordias civiles, intentaron distraer de ellas al pueblo con públicas fiestas, porque muchas veces los pueblos ociosos son instrumento de los que desean alterar la paz. Para interrumpir este ocio, y que cada cual pensara en otra cosa que en el gobierno, habiendo transcurrido un año desde la muerte

de Cosme, aprovecharon la terminación del duelo para que hubiera regocijos públicos, y organizaron dos fiestas tan solemnes como las demás que se hacen en Florencia.

Representaba la una el viaje de los tres reyes magos que vinieron de Oriente guiados por la estrella que señalaba el nacimiento de Cristo; fiesta tan pomposa y magnífica que, para ordenarla y realizarla, debía estar ocupada muchos meses toda la ciudad. La otra fué un torneo (que así se llamaba el espectáculo representando un combate de hombres á caballo), en el cual los principales jóvenes de la ciudad tomaron parte con los más famosos caballeros de Italia. Entre los jóvenes florentinos el más notable fué Lorenzo de Médicis, primogénito de Pedro, quien, no por favor, sino por su propio mérito, ganó el primer premio.

Terminados estos espectáculos, volvieron á los ánimos los anteriores propósitos, y cada cual seguía con más empeño que antes su propia opinión, resultando gran disparidad de ideas y grandísima agitación que aumentaron dos accidentes por modo extraordinario. Fué el uno que, por expirar el plazo, faltó la autoridad de la Balía, y el otro la muerte de Francisco Sforza, duque de Milán.

El nuevo duque Galeazzo envió embajadores á Florencia para confirmar los tratados que Francisco Sforza tenía con aquella República, en los cuales, entre otras cosas, estaba pactado que se pagara al Duque anualmente cierta cantidad de dinero. Los principales enemigos de los Médicis aprovecharon esta cuestión y se opusieron públicamente en el Consejo á la entrega del dinero, alegando que tal obligación la había pactado Florencia, no con Galeazzo, sino con su padre Francisco y,

al morir éste, cesaba aquélla, no habiendo motivo para renovarla, porque Galeazzo no tenía las meritorias condiciones de su padre, y, por tanto, no se podía esperar de él nada útil; de suerte que, si Francisco Sforza había favorecido poco á Florencia, éste la favorecería menos, y si algún ciudadano quería tenerlo á sueldo porque auxiliara su poder, haría cosa opuesta á las leyes y á la libertad de Florencia.

Pedro de Médicis defendía lo contrario, asegurando que no era conveniente perder, por avaricia, tan necesaria amistad, y que nada había más saludable á la República y á toda Italia que continuar la alianza con el duque de Milán, para que los venecianos, viéndoles unidos, no esperaran, ó por fingida amistad ó por abierta guerra, oprimir aquel Ducado; pues tan pronto como supieran que los florentinos se apartaban del duque de Milán, empuñarían las armas contra ellos. Siendo el Duque joven, nuevo en el gobierno y sin amigos, fácilmente se lo atraerían ó por astucia ó por fuerza y, en uno ú otro caso, la pérdida de la República florentina era segura.

XIII. Estas razones de Pedro de Médicis no fueron aceptadas, y la rivalidad empezó á mostrarse abiertamente. Cada partido se reunía por las noches en punto distinto; los amigos de los Médicis en la Crocetta, y sus adversarios en la Pietà. Deseosos éstos de la ruina de Pedro, habían hecho suscribir á muchos ciudadanos declaraciones favorables á sus designios.

Una, entre otras, de las noches en que se reunieron, celebraron consejo sobre el modo de proceder, porque si todos querían disminuir el poder de Médicis, diferían en el modo de conseguirlo. Un grupo, el más templado y juicioso, deseaba que, habiendo acabado la autoridad de la

Balía, se atendiera á no restablecerla y, conseguido esto, como lo querían todos los ciudadanos, los Consejos y los magistrados gobernarían la ciudad, lográndose en poco tiempo acabar con la autoridad de Pedro de Médicis, quien, según se vería, al perder su influencia en el gobierno y su intervención en los negocios públicos, perdería también su crédito en el comercio; porque sus negocios se encontraban en tal situación que, si se le impedía con eficacia el aprovecharse del tesoro público, necesariamente se arruinaba. Cuando esto ocurriera, ningún peligro podía ofrecer, consiguiéndose, sin destierros ni sangre, recobrar la libertad, que era á lo que debía aspirar todo buen ciudadano. En cambio si se apelaba á la fuerza era grandísimo el riesgo, porque quien no socorre al que cae por sí mismo, le ayuda para que no le derribe la violencia ajena. Además, no acudiéndose á ningún medio extraordinario contra él, no habría motivo de armarse ni de buscar partidarios, y si él lo hacía, sería tanta su responsabilidad é infundiría en todos tantas sospechas, que él mismo facilitaría su ruina y daría á los demás justo motivo para consumarla.

Á muchos otros de los reunidos no parecían bien estas dilaciones, asegurando que favorecerían á Pedro de Médicis y no á ellos, porque, si se contentaban con las vías ordinarias, no habría para Pedro de Médicis peligro alguno y para ellos muchos, á causa de que los magistrados adversarios de Pedro le dejarían gozar de su influencia, y sus amigos le facilitarían la dominación, ocasionando la pérdida de los conjurados, como sucedió en 1458; que si aquel consejo era de hombres buenos, éste era de hombres previsores; por tanto, ahora que la opinión pública se le mostraba contraria, convenía arruinarle.

El procedimiento para conseguirlo consistía en armarse dentro de la ciudad y tomar á sueldo al marqués de Ferrara para tener socorros seguros, y cuando la elección por suerte les diera una Señoría amiga, estando preparados, realizar el complot.

Conforme á esta opinión, convinieron esperar la elección de la nueva Señoría y obrar según como resultara.

Entre los conjurados estaba Nicolás Fedini, que era como secretario de la conjuración. Este Fedini, arrastrado por esperanzas más seguras, reveló á Pedro cuanto sus enemigos habían acordado, entregándole la lista de los conjurados y la de los que, por escrito, habían ofrecido ayudarles.

Asustó á Pedro el número y la condición de los ciudadanos contrarios á él y, aconsejándose de sus amigos, determinó reunir también las firmas de sus partidarios. Encargó este trabajo á uno de sus amigos más fieles, encontrando tanta versatilidad en el ánimo de los ciudadanos, que muchos de los que habían suscrito contra él suscribieron también en su favor.

XIV. Mientras ocurrían estas cosas llegó la época en que se renovaba la primera magistratura, siendo nombrado Confaloniero de justicia Nicolás Soderini; y fué cosa maravillosa ver el concurso de ilustres ciudadanos y de todo el pueblo que le acompañó al Palacio, poniéndole en el camino una corona de olivo en la cabeza, para demostrar que de él dependía la salud y la libertad de la patria.

Vióse por este ejemplo y por otros que no debe desearse llegar á una magistratura ó á un cargo con extraordinaria reputación, porque, no pudiendo corresponder á ésta con las obras, pues los hombres desean más

de lo que cabe hacer, produce con el tiempo descrédito y desprecio.

Los Soderini eran dos hermanos, Tomás y Nicolás. Éste más bravo y animoso que aquél, y Tomás más prudente y entendido. Conocía éste, que era amigo íntimo de Pedro de Médicis, el carácter de su hermano y, sabiendo que deseaba sólo la libertad de Florencia, y que, sin ofensa de nadie, se consolidara el gobierno, le aconsejó hiciera nuevo escrutinio, mediante el cual las bolsas electorales se llenaran con los nombres de los ciudadanos amantes de la libertad, y que, hecho esto, se vería el medio de consolidar el gobierno y de asegurarlo, según su voluntad, sin tumultos ni agravios á nadie.

Creyó fácilmente Nicolás el consejo de su hermano, é invirtió en estos vanos proyectos el tiempo de su magistratura, con beneplácito de los jefes de la conjuración, sus amigos, pues, por envidia, no querían fuese Soderini el autor de la reforma del gobierno, creyendo que siempre sería tiempo oportuno para que otro Confaloniero la realizara.

Llegó, por tanto, el término de la magistratura, y Nicolás, habiendo empezado muchas cosas, sin terminar ninguna, dejó el cargo con más descrédito que honra le dispensaron al recibirlo.

XV. Este asunto animó á los partidarios de Pedro de Médicis, cobrando sus amigos mayores esperanzas. Los neutrales se adhirieron á Médicis y, siendo por ello los dos bandos casi iguales en fuerzas, durante algunos meses contemporizaron, no promoviendo ningún tumulto.

El partido de Médicis seguía ganando fuerzas. A causa de ello sus enemigos, viendo el peligro, se reunieron y

acordaron hacer por fuerza lo que no habían podido ó sabido ejecutar fácilmente por medio de los magistrados. Determinaron, pues, matar á Pedro de Médicis, que estaba enfermo en Careggi, para lo cual debía venir el marqués de Ferrara con tropas hacia la ciudad. Muerto Pedro, presentarse armados en la plaza y hacer que la Señoría organizara el gobierno como ellos quisieran, porque aun cuando todos los Señores no eran amigos suyos, aspiraban á que los contrarios cedieran por temor.

Maese Diotisalvi, para ocultar mejor sus designios, visitaba con frecuencia á Pedro, hablando con él de la unión de los ciudadanos y dándole consejos.

Todas estas tramas habían sido reveladas á Pedro de Médicis, y además Domingo Martelli le hizo saber que Francisco Neroni, hermano de Diotisalvi, había procurado atraerle al partido de los conjurados, mostrándole segura la victoria contra el de Médicis. Por esto determinó Pedro ser el primero en tomar las armas, y aprovechó la ocasión de las gestiones de sus enemigos con el marqués de Ferrara, fingiendo haber recibido una carta de maese Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, en la que le decía que el Marqués se encontraba junto al río Albo con tropas, asegurando públicamente que iba á Florencia.

Por este supuesto aviso tomó Pedro las armas, y en medio de gran multitud armada llegó á Florencia. A su llegada, todos los de su partido se armaron también, y los del bando contrario hicieron lo mismo; pero los de Médicis, por haberse preparado, estaban en mejor orden que sus adversarios, no dispuestos aún al alzamiento.

Diotisalvi Neroni, que tenía su casa inmediata á la de Médicis, no se creía seguro en ella, y andaba, ora al Palacio para excitar á la Señoría á que obligase á Mé-

dicis á dejar las armas, ora en busca de Lucas Pitti para recomendarle que continuara en su partido.

Pero, de todos los conjurados, el que mostró más actividad fué Nicolás Soderini que, armado y seguido de casi toda la plebe de su barrio, fué á casa de Lucas Pitti, y le rogó montara á caballo y acudiera á la plaza en favor de la Señoría que estaba por ellos, donde tenía segura la victoria, mientras quedándose en casa, se exponía á tener que entregarse cobardemente á sus enemigos armados, ó á ser vergonzosamente abandonado por sus amigos sin armas. Advirtióle que se arrepentiría de no haber hecho lo que ahora era tiempo de hacer; que si quería, con la guerra, arruinar á Pedro de Médicis, fácilmente podría conseguirlo, y si prefería la paz, valía mucho más ponerse en condiciones de dictarla que de aceptarla.

No convencieron estas razones á Lucas Pitti, por haber cesado sus resentimientos contra Pedro de Médicis, quien le atrajo á su partido con promesa de nuevas alianzas matrimoniales y otras ventajas, y ya había casado á una de sus sobrinas con Juan Tornabuoni. Aconsejó, pues, á Soderini que depusiera las armas y volviese á su casa, porque debía ser para él bastante que la ciudad fuera gobernada por los magistrados, como seguiría siéndolo; que todos depondrían las armas, y que los Señores, cuya mayoría era de sus amigos, serían jueces de la cuestión entre ambos bandos.

No consiguiendo Soderini hacerle cambiar de resolución, volvió á su casa, pero diciéndole antes: «No puedo yo sólo hacer el bien de mi ciudad, pero puedo pronosticarle el mal. La determinación que tomáis hará que Florencia pierda la libertad; vos el poder y los bienes, y yo y otros, la patria.»